

*Caballeros de Colón presenta
La Serie Luke E. Hart
Elementos Básicos de la Fe Católica*

LA PERSONA HUMANA

PRIMERA PARTE • SECCIÓN CUATRO DE
CRISTIANISMO CATÓLICO

*¿Qué cree un católico?
¿Cómo rinde culto un católico?
¿Cómo vive un católico?*

Basado en el
Catecismo de la Iglesia Católica

por
Peter Kreeft

Editor General
Padre Gabriel B. O'Donnell, O.P.
Director de Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Nil obstat: (provisto para el texto en inglés)
Reverend Alfred McBride, O.Praem.

Imprimatur: (provisto para el texto en inglés)
Bernard Cardinal Law
19 de diciembre de 2000

El *Nil Obstat* y el *Imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o cuadernillo está libre de error doctrinal o moral. Estas autorizaciones no implican de forma alguna que quienes han otorgado el *Nil Obstat* y el *Imprimatur* estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones expresadas.

Derechos de Autor © 2001 del Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
Todos los derechos reservados.

Las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* están tomadas de la traducción al español del *Catecismo de la Iglesia Católica, Segunda Edición: Modificaciones basadas en la Editio Typica*, Derechos de Autor © 1997, United States Catholic Conference, Inc.-Librería Editrice Vaticana.

Las citas de las Escrituras contenidas aquí están adaptadas en la versión en inglés del Revised Standard Version of the Bible, copyright © 1946, 1952, 1971, y de New Revised Standard Version of the Bible, copyright © 1989, por la División de Educación Cristiana del Concilio Nacional de las Iglesias de Cristo en los Estados Unidos de América, y se utilizan con autorización. Todos los derechos reservados.

Para la versión en español se ha usado la Biblia de Jerusalén, © Desclée de Brouwer, Bruxelles, (Belgium).

Los pasajes en inglés del Código de Ley Canónica, edición Latina/Inglés, se usan con autorización, derechos de autor © 1983 Canon Law Society of America, Washington, D.C.

Las citas de documentos oficiales de la Iglesia, en la versión en inglés, de Neuner, Josef, SJ, y Dupuis, Jacques, SJ, eds., *The Christian Faith: Doctrinal Documents of the Catholic Church*, 5ta ed. (New York: Alba House, 1992). Usado con autorización.

Citas en inglés del Concilio Vaticano II: *The Conciliar and Post Conciliar Documents*, New Revised Edition editada por Austin Flannery, OP, derechos de autor © 1992, Costello Publishing Company, Inc., Northport, NY, se usan con autorización de la editorial, todos los derechos reservados. Ninguna parte de estas citas puede ser reproducida o transmitida por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso específico de Costello Publishing Company.

Para esta versión en español, los textos del Concilio Vaticano están tomados de *Documentos Completos del Vaticano II*, derechos reservados © Editorial: El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao, España.

Portada: © Art Resource, N.Y.

Ninguna parte de este cuadernillo puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o archivada en un sistema de reproducción sin el permiso escrito del editor. Escribir a:

Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón
P.O. Box 1971
New Haven, CT 06521
Impreso en los Estados Unidos de América

UNA PALABRA SOBRE ESTA SERIE

Este cuadernillo es uno de una serie de 30 que ofrece una expresión familiar de elementos principales del *Catecismo de la Iglesia Católica*. El Papa Juan Pablo II, bajo cuya autoridad se publicó el *Catecismo* en 1992, instó a que se prepararan versiones de esta naturaleza para que cada pueblo y cada cultura puedan apropiarse de su contenido como si fuera suyo.

Los cuadernillos no sustituyen el Catecismo, pero se ofrecen sólo para hacer más accesible su contenido. La serie es a veces poética, familiar, festiva e imaginativa; en todo momento busca ser fiel a la fe. A continuación los títulos de nuestra serie.

Parte I: Lo que los católicos creen (Teología)

Sección 1: Fe

Sección 2: Dios

Sección 3: Creación

Sección 4: La persona humana

Sección 5: Jesucristo

Sección 6: El Espíritu Santo

Sección 7: La Santa Iglesia Católica

Sección 8: El perdón de los pecados

Sección 9: La resurrección del cuerpo

Sección 10: La vida eterna

Parte II: Cómo rezan los católicos (Culto)

Sección 1: Introducción a la liturgia católica

Sección 2: Introducción a los sacramentos

- Sección 3: Bautismo y confirmación
- Sección 4: La Eucaristía
- Sección 5: Penitencia
- Sección 6: Matrimonio
- Sección 7: Orden y Unción de los enfermos
- Sección 8: Oración
- Sección 9: El Padre Nuestro
- Sección 10: María

Parte III: Cómo viven los católicos (Moralidad)

- Sección 1: La esencia de la moralidad católica
- Sección 2: La naturaleza humana como base de la moralidad
- Sección 3: Algunos principios fundamentales de moralidad católica
- Sección 4: Virtudes y vicios
- Sección 5: Los Tres Primeros Mandamientos: Deberes hacia Dios
- Sección 6: El Cuarto Mandamiento: Moralidad familiar y social
- Sección 7: El Quinto Mandamiento: Temas morales sobre la vida y la muerte
- Sección 8: El Sexto y Noveno Mandamientos: Moralidad sexual
- Sección 9: El Séptimo y Décimo Mandamientos: Moralidad económica y política
- Sección 10: El Octavo Mandamiento: La verdad

PRIMERA PARTE: LO QUE LOS CATÓLICOS CREEN (TEOLOGÍA)

SECCIÓN 4:

LA PERSONA HUMANA

Nota: “Hombre” no significa “varones” ni “varones más que mujeres”. A pesar de este hecho, la mayoría de los editores en la actualidad censuran estrictamente el uso tradicional inclusivo de “hombre” o “él” - un uso que se encuentra en todas las traducciones al inglés de la Biblia, en todos los documentos de la Iglesia y en todos los grandes libros seculares en la historia de la civilización occidental.

Esta censura por lo general se insiste por respeto a los fuertes sentimientos de feministas influyentes, y quizás por culpa y en reparación por las numerosas injusticias reales que en el pasado los hombres les han hecho a las mujeres.

En este cuadernillo se mantiene el lenguaje tradicional, no por ningún deseo de excluir a las mujeres o de negar la igualdad total entre hombres y mujeres (una realidad que se afirma en la Biblia), sino debido a la convicción de que injusticias pasadas contra las mujeres no se reparan con injusticias contra el idioma.

En el idioma inglés, la palabra “hombre” realiza una función doble; significa dos cosas. Puesto que el inglés tiene

una sola palabra (“hombre”) mientras que muchos otros idiomas tienen dos. En latín, por ejemplo, *homo* significa “ser humano” y *vir* significa “ser humano varón”. En griego, *anthropos* y *aner* conllevan la misma distinción. Cuando los escritores decían: “Dios y el hombre” no querían decir “Dios y varones”.

Entonces, ¿por qué no decir “Dios y la humanidad”? Porque “Dios y el hombre” no solo suena mejor que “Dios y la humanidad”, sino que tiene un significado diferente. “Hombre” es un término concreto, como “Dios”; pero “humanidad” es un término abstracto, como “divinidad”.

1. La dignidad del hombre en la actualidad

Ningún siglo en la historia habló más sobre la dignidad del hombre que el siglo veinte. Sin embargo, ningún siglo en la historia amenazó la dignidad del hombre más, tanto en teoría como en la práctica.

Amenazados en teoría porque los tres pensadores que mayor influencia tuvieron en el siglo veinte – Darwin, Marx y Freud – redujeron al hombre a algo sin alma: o un mono listo que accidentalmente evolucionó, o una pieza en la maquinaria económica del Estado, o un maniaco sexual reprimido.

Amenazado en la práctica debido a la invención más dramática del siglo veinte, el genocidio: el asesinato deliberado de más de 100 millones de personas inocentes, más de la población entera del mundo durante la mayor parte de la historia del hombre. Y no sólo por parte de Hitler, Stalin, y Mao. En América la “libre”, más de millón y medio de seres humanos al año continúan siendo masacrados en el vientre.

La causa de esta carnicería humana debería ser obvia para cualquier cristiano judío o musulmán. Una vez que “Dios

está muerto” para cualquier sociedad o ideología, así también está su imagen del hombre. “La Abolición del Hombre” (el título del libro profético de C.S. Lewis) proviene de la abolición de Dios. Puesto que Dios es la fuente de toda vida, y cuando cualquier cultura dice NO a Dios, dice No a la vida y se convierte en lo que el Papa Juan Pablo II se ha atrevido a llamar una “cultura de muerte”.

La defensa del hombre es así atada con la defensa de Dios. Son inseparables. “Si alguno dice: ‘Yo Amo a Dios’, y odia a su hermano, es un mentiroso” (1 Jn 4,20).

2. La base para la dignidad del hombre

De igual forma, si alguien dice: “Amo al hombre”, pero odia a Dios, es un mentiroso. Puesto que un gran edificio no se sostendrá sin una base sólida. Cada persona en nuestra cultura afirma “la dignidad del hombre”, pero ¿cuál es su base? ¿Qué evita su colapso?

La respuesta católica es clara: “De todas las criaturas visibles sólo el hombre es ‘capaz de conocer y amar a su Creador;’²⁰²...[S]ólo él está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios. Para este fin ha sido creado y ésta es la razón fundamental de su dignidad” (C 356). Esta es una de las oraciones más cruciales y retadoras en el *Catecismo* para nuestros tiempos.

La *dignidad* del hombre descansa sobre su *destino*. Él no es sólo del polvo y para el polvo, sino de Dios y para Dios.

Incluso la teoría de la evolución está de acuerdo con el relato de Génesis de ver al hombre como la culminación del proceso natural. Nosotros naturalmente nos preguntamos cuál es el punto y el fin de todo el universo; la respuesta no es sólo sus gases y sus galaxias, sino el hombre que hace esa

pregunta. Las galaxias son sólo el escenario, el ambiente para la obra; nosotros somos los actores.

El universo es una gran catedral. Las estrellas y los mares son cuadros sagrados de Dios en las paredes para alzar la mente del hombre para que rinda culto y adore a su Creador. Sin Dios la catedral pierde su significado, su dignidad y su destino. Así también sucede con el hombre, el que rinde culto.

El hombre tiene valor y dignidad porque es una cosa sagrada, como la Eucaristía. En el hombre también, Cristo está verdaderamente escondido.

3. Cristo como el significado del hombre

“Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado²⁰⁷” (C 359). El hombre ve su propio significado y destino con mucha más claridad en Cristo que en cualquiera de sus propias ideas o sueños, filosofías o psicologías, ideales éticos o sociales. Cristo es la respuesta a la pregunta más importante y retadora que podamos hacer: ¿Qué se supone que yo sea? ¿Cuál es el significado de mi vida? A esta pregunta tenemos no sólo una respuesta abstracta, una *teoría*, sino una respuesta concreta, un *hecho*, Jesucristo el hombre. Él es los datos para que el hombre se conozca a él mismo.

Para entender estos datos concretos, consultemos nuestros datos escritos, la Biblia (tanto Cristo como las Escrituras se llaman “la Palabra de Dios”).

Los cristianos leen el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo, así como un agricultor interpreta una semilla a la luz de sus frutos. Por eso debemos esperar encontrar a Cristo también en el centro del Antiguo Testamento. Y lo

encontramos, comenzando con la creación por Dios del universo y del hombre.

Génesis 1 dice que Dios creó el universo a través de su Palabra, pero no dice cuál es la Palabra de Dios. El Nuevo Testamento sí lo dice. Jesucristo es la Palabra de Dios (Jn 1, 1-14).

Génesis 1, 26-27 dice que Dios hizo al hombre “a imagen de Dios”, pero no dice cuál es la imagen de Dios. El Nuevo Testamento sí lo dice. Jesucristo es la imagen de Dios (Rom 8,29; Cor 15,49). La dignidad del hombre está basada en el hecho de que es creado para ser como Cristo.

En este mundo de Caída, eso significa la Cruz de Cristo: amor abnegado que culminó en la muerte. Y en el próximo mundo significa la gloria total del cuerpo resucitado de Cristo.

4. Cristo como la base de la solidaridad humana

El hombre encuentra su significado en Cristo no sólo como un ejemplo o ideal para imitar, sino como la “Cabeza” de un “Cuerpo” que es orgánicamente uno, y uno con su Cabeza, así como lo que se encuentra entre tus hombros es orgánicamente uno con el cuerpo que dirige. Somos los “miembros” de Cristo (1Cor 12,14-27; Rom 12,4-5) – “miembros” no como accionistas de una corporación, sino como las extremidades de un cuerpo.

La solidaridad humana, como la dignidad humana, es otra idea que el hombre moderno con razón elogia, pero por lo general sin conocer su verdadera base. *¿Por qué* somos uno? *¿Son* todos los hombres uno meramente debido a nuestro origen material en Adán (o en los monos)? *¿O* es más bien debido a nuestro fin, nuestro destino en Cristo? La pregunta no es simplemente teórica. Nuestra cultura ahora

cuestiona seriamente por qué debemos respetar toda vida humana, incluyendo al no nacido, al que tiene impedimento severo, al que tiene retardo, al desquiciado, al enfermo, al moribundo, incluso al malvado y al criminal. Y nuestra cultura no sabe la respuesta. *¿Por qué* debemos tratar a esta gente que nos causan inconvenientes y son “rechazadas” como a nuestros hermanos? La Iglesia proclama a gritos la dulce respuesta: porque *son* nuestros hermanos, “en Cristo”.

En la Encarnación, Cristo asumió nuestra naturaleza humana - toda la humanidad, no sólo un cuerpo judío, masculino, blanco. Cristo se hizo *hombre*, no sólo *un* hombre. Por consiguiente, todos los hombres llevan la imagen del Hijo, así como la del Padre. Los no cristianos no pueden deshacer la imagen de Cristo en ellos negándolo como tampoco los ateos no pueden deshacer la imagen del Padre en ellos negándola.

“La hermandad del hombre” se basa en la “Paternidad de Dios” encarnada en el Cuerpo de Cristo. ¿Por qué somos uno? La Iglesia no sólo *dice* la respuesta: “el Cuerpo de Cristo”. Ella es la respuesta.

5. El cuerpo humano

El hombre fue creado “a imagen de Dios” (Gn 1, 26-27). ¿Que es “a imagen de Dios?” No es sólo el alma. Aunque la naturaleza de Dios es espíritu, no cuerpo (Jn 4,24), sin embargo, “[e]l cuerpo del hombre participa de la dignidad de la ‘imagen de Dios’... [E]s toda la persona humana la que está destinada a ser, en el Cuerpo de Cristo, el Templo del Espíritu²¹⁶” (C 364). Es por eso que nuestros cuerpos son sagrados, “templos del Espíritu Santo” (1 Cor 3,16-17; 6,19).

“Por consiguiente, no es lícito al hombre despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, tiene que considerar

su cuerpo bueno y digno de honra, ya que ha sido creado por Dios y ha de resucitar en el último día²¹⁷” (C 364).

No somos ni animales ni ángeles. Nuestros cuerpos no son ni la totalidad de nuestra naturaleza, como sucede con los animales, ni fuera de nuestra naturaleza, como sucede con los ángeles. No son externos a nosotros, ni disfraces para que los espíritus se escondan, como las máscaras del Día de las Brujas (Halloween), ni instrumentos para que las mentes los manipulen, como las computadoras. Nosotros somos esencialmente cuerpo así como espíritu.

¿Por qué Dios nos diseñó así?

Dios nos diseñó para ser los sacerdotes de toda la creación. “Dios creó todo para el hombre,²⁰⁵ pero el hombre fue creado para servir y amar a Dios y para ofrecerle toda la creación” (C 358).

¿Cómo entonces cumplimos nuestro destino como los sacerdotes de toda la creación?

Cuando nos ofrecemos a Dios, ofrecemos todo el universo en nuestro cuerpo, puesto que nuestro cuerpo es un “microcosmo”, un pequeño cosmos, el universo en miniatura. Estamos hechos de material de las estrellas y material de mineral, y vida de plantas y sensaciones de animales, así como con mente y voluntad y corazón. “Por su misma condición corporal, reúne en sí los elementos del mundo material, de tal modo que, por medio de él, éstos alcanzan su cima y elevan la voz para la libre alabanza del Creador...²¹⁷” (C 364). En nosotros, los ríos baten palmas, a una los montes gritan de gozo (Sal 98,8).

Así, la naturaleza se humaniza en nosotros. Y nosotros nos divinizamos en Cristo. Somos el puente entre la materia y el espíritu, y Cristo es el puente entre el hombre y Dios.

Como dicen las Escrituras, “todo es vuestro; y vosotros de Cristo y Cristo, de Dios” (1Cor 3,22-23).

6. *La unidad del alma y el cuerpo*

El hombre no es meramente un cuerpo (eso es materialismo). Ni tampoco es meramente un alma (eso es espiritualismo). Tampoco es dos seres, como un fantasma en una máquina (eso es dualismo). Él es un ser en dos dimensiones, corporal y espiritual. “La unidad del alma y del cuerpo es tan profunda que se debe considerar al alma como la ‘forma’ del cuerpo [‘forma’ aquí no significa ‘forma externa’ sino ‘significado intrínseco’]:²¹⁸ es decir, gracias al alma espiritual, la materia que integra el cuerpo es un cuerpo humano y viviente; en el hombre, el espíritu y la materia no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza” (C 365).

El alma humana no está aprisionada en el cuerpo, como enseñó Platón, sino *expresada* en él, así como el significado de una obra escénica se expresa en sus palabras. Y al cuerpo no lo esclaviza el alma sino que lo completa, como una bella pieza de mármol se completa y se lleva a la perfección en una gran obra de escultura.

7. *El alma humana*

El alma humana no es un espíritu puro, como un ángel. Es la “forma” del cuerpo; su tarea es informar al cuerpo. El cuerpo no es una casa y el alma no es un fantasma. ¡No somos ‘encantados’! El alma no es algo extraño, oculto, o extraterrestre. Justamente lo opuesto. Es quiénes somos; es nuestra personalidad. Dios nos lo dio en la concepción (ese momento mágico que fue también el comienzo de nuestro

cuerpo), y nosotros le damos forma a través de todas las selecciones de la vida.

Las enseñanzas más importantes de la Iglesia respecto al alma son “[1] que cada alma espiritual es directamente creada por Dios²¹⁹ - no es ‘producida’ por los padres - [2] y que es inmortal:²²⁰ no perece cuando se separa del cuerpo en la muerte, y [3] se unirá de nuevo al cuerpo en la resurrección final” (C 366).

En cada uno de estos tres puntos hay buena razón para nuestra fe:

- 1) El alma tiene que ser creada antes que evolucionada, puesto que la materia no puede hacer espíritu, al igual que el espacio no puede hacer el tiempo ni el color puede hacer sonido. Son dos dimensiones diferentes. “No se puede sacar sangre de una piedra”, como tampoco se puede obtener autoconciencia y libre voluntad de los átomos y moléculas.
- 2) El alma tiene que ser inmortal puesto que no está compuesta de átomos dispersos en el espacio ni tienen la capacidad de ser cortados en partes. No está compuesto, por lo que no se puede descomponer.
- 3) El alma tiene que reunirse con un nuevo cuerpo puesto que Dios hizo al hombre como una unidad alma-cuerpo, y Dios no comete errores. Por consiguiente, la resurrección del cuerpo se necesita para completar y perfeccionar nuestra naturaleza humana en el cielo. (Entre la muerte y la resurrección, estamos incompletos). No nos convertimos en ángeles como tampoco nos convertimos en hormigas.

8. *La sexualidad humana**

Dios “inventó” el sexo. Es por eso que no es “malo” ni “sucio”. Ni tampoco es meramente neutral, para usarse según nos plazca. Es bueno, y sagrado.

Ningún aspecto de la enseñanza de la Iglesia es más malinterpretado y más rechazado hoy que sus principios que no cambian ni se pueden cambiar respecto a la moralidad sexual. Puesto que éstos no pueden comprenderse excepto en el contexto de su visión del hombre.

El hombre no ha evolucionado por accidente o pura casualidad. La existencia del hombre se debe al amor infinito de Dios. El hombre es querido por Dios, deliberadamente diseñado como masculino y femenino. Esa es la primera razón por la que el sexo es sagrado.

La segunda razón es que Dios ha diseñado, y querido no sólo su existencia, sino también su propósito. Es sagrado no sólo debido a su origen sino también debido a su fin. Ese propósito es de ser el medio de pro-crear las cosas más grandes en el universo: personas nuevas, con almas inmortales. “Al transmitir a sus descendientes la vida humana, el hombre y la mujer, como esposos y padres, cooperan de una manera única en la obra del Creador²³⁰” (C 372).

* (Una palabra respecto a las palabras. A través de los siglos de uso en inglés, “sexo” significaba no meramente algo que hacemos (copulación) sino algo que somos (masculino y femenino). Y “género” significaba algo gramático, no biológico: las palabras género (nombres masculino y femenino). Hoy, “género” significa lo que “sexo” antes significaba, y “sexo” significa sencillamente copulación, o hasta cualquier estímulo erótico (“teniendo sexo”). En otras palabras, hemos sacado la palabra “sexo” de nuestro ser personal y la hemos reducido a nuestro *hacer* biológico, y hemos sacado la palabra “género” de la gramática y la hemos exaltado para referirse al ser humano).

La relación sexual es como la Consagración en la Misa. Es una obra humana que Dios utiliza como medio material para realizar la obra más divina que se realiza en la tierra. En la Misa, el hombre ofrece pan y vino, la obra de la naturaleza y de las manos humanas, para que Dios los transforme en el cuerpo y la sangre de Cristo. En el sexo, el hombre ofrece su obra - la procreación de un nuevo cuerpo - para que Dios realice su trabajo: la creación de una nueva alma. Dios concede a los sacerdotes la increíble dignidad de ser sus instrumentos para obrar uno de sus dos grandes dones. Dios concede a los esposos la increíble dignidad de ser sus instrumentos para obrar el otro.

Algo que es tan bueno “ontológicamente”, es decir, en su ser, esencia o naturaleza, tiene que ser respetado y usado como es debido. El mal uso de algo que es ontológicamente bueno es moralmente malo. Mientras mejor y más importante sea ontológicamente, cuanto más seriamente perjudicial es su abuso moral. Tenemos reglas para el uso cuidadoso de obras de arte valiosas, no para los sujetapapeles.

Los principios de la moralidad sexual esencialmente no cambian, puesto que el significado de sexo esencialmente no cambia. Proviene de la misma naturaleza humana que Dios diseñó, no de costumbres cambiantes de la sociedad que el hombre diseña. La ley de Dios es muy clara: ningún sexo adulterado, o sea, sexo fuera del matrimonio. Así como la Santa Misa es el lugar para la Transubstanciación, el santo matrimonio es el lugar para el sexo.

9. Complementariedad de los hombres y las mujeres

La visión bíblica y católica de la sexualidad rechaza tanto el chauvinismo, que considera un sexo (cualquiera de los

dos) como superior, y unisexualismo, que considera los dos sexos como diferentes sólo por convención social, no por naturaleza. Dios inventó el sexo y Dios creó a los hombres y a las mujeres *diferentes en naturaleza pero con igual valor*. El chauvinismo y unisexismo comparten la común suposición falsa de que todas las diferencias tienen que ser diferencias en valor.

Dios diseñó masculino y femenino para complementarse, completarse y perfeccionarse uno al otro, amarse uno al otro y encontrar gozo uno en el otro, tanto biológica como espiritualmente. “El hombre y la mujer están hechos ‘el uno para el otro’: no que Dios los haya hecho ‘a medias’ e ‘incompletos’; [pero que] los ha creado para una comunión de personas, en la que cada uno puede ser ‘ayuda’ para el otro porque son a la vez iguales en cuanto personas... y complementarios en cuanto masculino y femenino” (C 372).

La comunidad primera y fundamental fue un hombre y una mujer, Adán y Eva. El primer cimiento de toda comunidad humana, no importa cuán extendida, aun mundialmente, es la familia. Y la familia, no importa cuán extendida, tiene su base en este primer cimiento: un hombre y una mujer convirtiéndose en “una carne” (Mt 19,3-6).

10. El hombre y la naturaleza

Por un lado, el hombre es parte de la naturaleza. Es la culminación de la creación, pero él es una criatura, no el Creador. Tampoco es un ángel confrontando la naturaleza desde el exterior. La naturaleza no es su máquina sino su “jardín”, para ser amado, respetado y cuidado (Gn 2,15).

Por el otro lado, el hombre es superior a la naturaleza por su razón y libre voluntad; y Dios le confió el “dominio”

(autoridad o gobierno) de la naturaleza (Gn 1,28-29). El hombre es el artista. La naturaleza es su material y su estudio. Un artista “domina” su material conociéndolo, amándolo y respetándolo.

Para dominar su material, un artista primero tienen que dominarse a sí mismo: “El ‘dominio’ del mundo que Dios había concedido al hombre desde el comienzo, se realizaba ante todo dentro del hombre mismo como *dominio de sí*. El hombre estaba... libre de la triple concupiscencia²³⁷ [deseo desordenado], que lo somete [como un adicto] a los placeres de los sentidos [lujuria], a la apetencia de los bienes terrenos [avaricia] y a la afirmación de sí [orgullo] contra los imperativos de la razón” (C 377).

El autodomínio llega a través de las tres virtudes de pobreza, castidad y obediencia. (Estas tres la toman formalmente como votos de toda la vida los hombres y mujeres católicos que pertenecen a institutos y sociedades de vida consagrada). Son las tres armas que contradicen los tres vicios principales de avaricia, lujuria y orgullo, que vienen de las tres fuentes de tentación, “el mundo, la carne y el diablo”. El orgullo competitivo fue la invención del diablo, quien nos enseñó a querer ser “como dioses” (Gn 3,5).

11. La Caída del hombre

¿Cómo sucumbió el hombre a la tentación? ¿Fue la “Caída” un suceso histórico?

“El relato de la Caída (Gn 3) utiliza un lenguaje hecho de imágenes, pero afirma un acontecimiento primordial, un hecho que tuvo lugar *al comienzo de la historia del hombre*²⁴⁹” (C 390). La Iglesia no requiere que interpretemos las historias de la creación y la caída en Génesis *literalmente*,

pero insiste que deben ser interpretadas históricamente, como algo que verdaderamente sucedió.

Puesto que si la creación no fue un suceso histórico real (no importa cuán simbólicamente se relata ese suceso en Génesis), sino un mero “mito” en el sentido popular, como Santa Claus, entonces ¿cómo llegó aquí el universo?

Y si la Caída no fue un suceso histórico real (también narrada en lenguaje simbólico), sino sólo un “mito”, entonces ¿cómo llegó aquí el pecado? El pecado es un hecho histórico, tan real como el universo. Su causa también tiene que ser un hecho histórico.

12. El origen del mal

Sólo hay dos alternativas a la Caída, dos otras respuestas posibles a la interrogante del origen del pecado. Si el mal no es culpa nuestra, tiene que ser culpa de algo más grande que nosotros o de algo menos que nosotros: Dios o la naturaleza. Si una estatua tiene defectos, tenemos que culpar a su escultor o su material – a menos que la estatua hubiera tenido libre voluntad y alterara el diseño del escultor.

Dios es todo bondad, por lo que no puede ser el origen del mal. Y él es todopoderoso y creó el universo de la nada, por lo que la materia no es el origen del mal; esta sujeta a su voluntad, y es buena. El único culpable que queda es el que vemos en el espejo.

Al confrontar el misterio del mal, tenemos que ser por lo menos lo suficiente sinceros para comenzar a admitir la realidad de nuestros datos: el mal humano, perversidad moral, pecado. “El pecado está presente en la historia del hombre: sería vano intentar ignorarlo o dar a esta oscura realidad otros nombres” (C 386). G.K. Chesterton dijo que el

pecado era el único dogma cristiano que se puede probar simplemente leyendo el periódico.

La única explicación adecuada de mal “horizontal”, el mal que nos hacemos unos a otros (como cuando Caín mató a Abel), es la historia anterior del mal “vertical”: la caída, el hombre declarando independencia de Dios, la fuente de todo bien. “Para intentar comprender lo que es el pecado, es preciso en primer lugar reconocer el *vínculo profundo del hombre con Dios*, porque fuera de esta relación, el mal del pecado no es desenmascarado en su verdadera identidad...” (C 386).

13. La necesidad de la revelación divina para comprender al hombre

Es por esto que las explicaciones seculares del mal no son suficientes. “Sin el conocimiento que ésta [la revelación] nos da de Dios no se puede reconocer claramente el pecado, y se siente la tentación de explicarlo únicamente como un defecto de crecimiento, como una debilidad psicológica, un error, la consecuencia necesaria de una estructura social inadecuada...” (C 387). Sin la revelación de Dios, sin el conocimiento de que la naturaleza humana en su estado actual ha caído de su verdadera norma, y por consiguiente no “normal” sino “anormal”, todos los juicios del hombre están al revés. Entonces consideramos el pecado como “normal” y “humano”, y consideramos la santidad como “anormal” y “sobrehumana”, algo así como los borrachos podrían considerar a los que están sobrios como anormales. Ese es precisamente el error fundamental sobre el hombre que nuestra sociedad secular asume. “Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social,²⁸⁴ y de las costumbres” (C 407).

El hombre es como un perro enjaulado en una estación del tren que se ha comido su etiqueta de identidad, por lo que no conoce su verdadero nombre ni el nombre de su amo. No sabe de dónde ha venido o a dónde se supone que vaya. La revelación divina nos devuelve nuestra etiqueta de identidad. Es información crucial. Nuestro amo es nuestro Creador, nuestro nombre es “querido hijo de Dios”, y nuestro destino es el cielo. Es crucial que mantengamos esta etiqueta de identidad, que la apreciemos, la leamos y la recordemos y que vivamos de acuerdo a ella.

14. El pecado

La Caída fue una caída al pecado. ¿Qué es pecado?

“...[E]l pecado...es, por así decirlo, ‘el reverso’ de la Buena Nueva de que Jesús es el Salvador...” (C 389). La Buena Nueva presupone las Malas Nuevas, al igual que la prognosis de una cura presupone el diagnóstico de la enfermedad.

La idea del pecado es muy impopular en el mundo moderno occidental. Pero es una parte esencial del Evangelio cristiano, y “[l]a Iglesia, que tiene el sentido de Cristo,²⁴⁸ sabe bien que no se puede lesionar la revelación del pecado... sin atentar contra el Misterio de Cristo” (C 389). ¿Pues, de qué nos salva Cristo el Salvador? “le pondrás por nombre Jesús [que significa ‘Salvador’, o ‘Dios salva’] porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1,21).

El pecado no significa que somos totalmente malos, o peores que el bien (¿cómo se podría medir eso?) o que nuestro propio *ser* es malo, o que ya no somos infinitamente valiosos e infinitamente amados por Dios. Significa que estamos seriamente heridos, una obra maestra mutilada. Mientras más valiosa sea la obra de arte, más terrible es su mutilación.

15. Las consecuencias de la Caída

“La Escritura [Génesis 3] muestra las consecuencias dramáticas de esta primera desobediencia. Adán y Eva... [1] tienen miedo del Dios²⁶³ de quien han concebido una falsa imagen, la de un Dios celoso de sus prerrogativas²⁶⁴” (C 399). [2] “El dominio de las facultades espirituales del alma sobre el cuerpo se quiebra;²⁶⁵ [3] la unión entre el hombre y la mujer es sometida a tensiones;²⁶⁶ sus relaciones estarán marcadas por el deseo y el dominio.²⁶⁷ [4] La armonía con la creación se rompe; la creación visible se hace para el hombre extraño y hostil.²⁶⁸... [5] Por fin, la consecuencia explícitamente anunciada para el caso de desobediencia²⁶⁹ se realizará... *La muerte hace su entrada en la historia de la humanidad*²⁷¹” (C 400).

Una vez que la armonía entre nuestra alma y Dios se rompe, todas las armonías que dependen de ésa también se rompen: la armonía con la naturaleza (las espinas y los cardos, el sudor de la frente y el dolor al dar a luz), la armonía entre el cuerpo y el alma (la enfermedad y la muerte), la armonía entre hombre y mujer (Adán culpa a Eva), y la armonía entre hermanos (Caín mata a Abel).

16. Las tres etapas de la historia: malas noticias y buenas noticias

La historia humana, como todas las historias que contamos, tiene tres etapas. Una situación siempre tiene que establecerse, entonces de alguna forma se tiene que trastornar, luego de alguna forma volverse a montar, ya sea con éxito o sin éxito. La historia de la Biblia sigue estas tres etapas: creación, caída y redención. Primero, el buen Dios crea un mundo bueno y al hombre; luego el hombre desfigura la creación de Dios y a sí mismo; entonces Dios

laboriosamente lo vuelve a poner en orden. Las tres etapas son el Paraíso (el Edén), el Paraíso Perdido (la caída), y el Paraíso Recobrado (la Redención).

(El rosario también ve a través de estas tres etapas: primero cinco misterios gozosos, luego cinco misterios dolorosos, entonces cinco misterios gloriosos. “Uno para pesar, dos para alegrarse”).

Ya en Génesis 3 vemos el comienzo de la tercera etapa, la redención, cuando Dios promete la victoria eventual de Cristo sobre todo mal. Génesis 3,15 es la primera profecía del Evangelio, el *protoevangelium*.

17. *¿Por qué permitió Dios el pecado?*

“Pero ¿por qué Dios no impidió que el primer hombre pecara? San León Magno responde: ‘La gracia inefable de Cristo nos ha dado bienes mejores que los que nos quitó la envidia del demonio²⁹⁴. Y Santo Tomás de Aquino: ‘Nada se opone a que la naturaleza humana haya sido destinada a un fin más alto después del pecado. Dios, en efecto, permite que los males se hagan para sacar de ellos un mayor bien. De ahí las palabras de San Pablo: “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rm 5, 20). Y el canto del Exultet: “¡Oh feliz culpa que mereció tal y tan grande Redentor!”²⁹⁵” (C 412).

18. *¿Es el hombre bueno o malo?*

Es ambas cosas.

Dos extremos son perennemente posibles y populares: el pesimismo, que deniega la bondad del hombre, y el optimismo, que deniega el mal. La Iglesia rechaza ambos errores.

Así, rechazó el pelagianismo, la herejía del siglo quinto que enseñó que el hombre es tan bueno que se puede salvar

a sí mismo sin la gracia de Dios. Pelagio menospreció el pecado original (ver Parte I, Sección 8, párrafos 5-6) y “así reducía la influencia de la falta de Adán a la de un mal ejemplo” (C 406). Pero la Iglesia también rechazó la enseñanza de los luteranos y calvinistas en el siglo dieciséis de que el hombre es tan malo (“depravación total”) que no puede escoger libremente cooperar con la gracia de Dios.

Notas del Catecismo en el orden en que aparecen en Citas usadas en esta sección:

²⁰² GS 12 § 3.

²⁰⁷ GS 22 §1.

²¹⁶ Cf. 1Cor 6,19-20; 15,44-45

²¹⁷ GS 14 § 1.

²⁰⁵ Cf. GS 12 § 1,24 § 3,39 § 1.

²¹⁷ GS 14 § 1.

²¹⁸ Cf. Concilio de Vienne, año 1312: DS 902.

²¹⁹ Cf. Pío XII, enc. Humani generis, año 1950: DS, 3896; Paulo VI, Credo del Pueblo de Dios, 8.

²²⁰ Cf. Concilio de Letrán V, año 1513: DS, 1440.

²³⁰ Cf. GS 50 § 1.

²³⁷ Cf. 1Jn 2,16.

²⁴⁹ Cf. GS 13 § 1.

²⁸⁴ Cf. Juan Pablo II, CA 25.

²⁴⁸ Cf. 1Cor 2, 16.

²⁶³ Cf. Gen 3, 9-10.

²⁶⁴ Cf. Gen 3, 5.

²⁶⁵ Cf. Gen 3, 7.

²⁶⁶ Cf. Gen 3,11-13.

²⁶⁷ Cf. Gen 3,16.

²⁶⁸ Cf. Gen 3,17,19.

²⁶⁹ Cf. Gen 2,17.

²⁷¹ Cf. Rom 5,12.

²⁹⁴ San León Magno, Sermones 73, 4: PL 54, 396.

²⁹⁵ Santo Tomás de Aquino, STh III, 1,3, ad 3.